

PUNTOS Y PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, librería de Murillo, calle de Alcalá, núm. 7, y en la Administración, calle de Leganitos, 59, 2.ª derecha, á la que se dirigirá la correspondencia, á nombre de D. Eduardo Sanchez y Rubio.
Pagando de una vez cuatro suscripciones, se sirven cinco.—Cada 25 ejemplares (una mano), 2 rs.—Pago adelantado.—No se admiten sellos de guerra

EL AMIGO

PERIÓDICO DE EDUCACION POPULAR

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

MODO DE HACER LA SUSCRICION.

El mejor modo de hacer la suscripción es por medio de un talon-timbre de á 5 rs. y otro de á real, que suman el importe de seis meses y solo cuestan 10 céntimos de franqueo. De otra manera, sube éste á 15 céntimos trimestre, pues cada talon-timbre cuesta 5 céntimos de franquear, y hay que tomarlos de á real ó 5 reales.—Estos talones se venden en los estancos.

Este periódico se propone tener al corriente de lo principal que pasa en el mundo, igualmente que instruir y deleitar, á las personas que no tienen tiempo ó dinero para leer periódicos diarios.

La ignorancia es la madre de todos los esclavos.

TRES REALES CADA TRES MESES, EN TODA ESPAÑA.

El que no sabe es como el que no vé.

NUEVO COCHE.

Lucas.—¡Vamos, que es inventar! Lo que esos extranjeros estudian! Porque yo creo que será de extrángis el que ha tenido esa ocurrencia. Aquí no nos calentamos tanto los cascós.

Don Alfonso.—Tienes razon en parte, pues efectivamente es un extranjero el inventor de este singular carruaje, y efectivamente que no solemos pensar los españoles tanto como los habitantes de otras naciones; las cuales están, por eso mismo, más adelantadas y son más felices que la nuestra. Pero no es exacto, como tu crees, que esto pueda decirse de todos los españoles en general, pues los hay aplicadísimos é instruidos en alto grado; siendo tambien bueno reconocer y añadir, que cada día se piensa más en España; por lo cual se vé tambien aumentar de día en día el adelanto que hay en ella.

Lucas.—Más vale así, porque mire usted que estábamos siendo la última palabra del credo, segun yo tengo oido decir muchas veces al amo que tuve en Consuegra, que no agraviando á nadie era un sábio. Mire usted que aquel hombre siempre estaba leyendo. No sé dónde tenia cabeza. Pero tambien le digo á usted que le aprovechaba, por que él de todo entendia. Lo que es en labranza, ya podian irle á él con canciones. Como aquello no se ha visto.

Don Alfonso.—Y á consecuencia de tanto leer y meditar, sabia más que vosotros.

Lucas.—¡Toma! con tércio y quinto.

Don Alfonso.—Mira, esto mismo que hablamos ahora es una prueba de lo que adelanta España. Hace pocos años, ningun mozo de labranza, como tú, pensaba en estas cosas, ni hubiera tenido la menor noticia de este ni otro invento alguno. Hoy es otra cosa, y de ello hay muchas gracias que dar á los periódicos, que son el principal origen del aumento de nuestra civilizacion, por lo mismo que cuestan menos dinero que los libros y que no asustan con tanta lectura como ellos, superior sin duda, á las fuerzas de las personas poco acostumbradas; porque á vosotros tiene que rendiros

el leer, como á nosotros el cavar.
Lucas.—Yo no sé leer, pero se cánsa uno tambien de oír. Pues mire usted, por eso me gusta á mi este periodiquito, que usted dice que se llama *El Amigo*, por que no es muy grande y puede uno con él. Y está escrito que se entiende.

Don Alfonso.—A lo cual tienes que añadir la circunstancia de no costar mas que tres reales cada tres meses.

Lucas.—Entonces voy á decir á mi hermano Julian que le pida á Madrid y pase el rato con él, por que sepa usted que mi hermano entiende bastante de leer y le tiene aficion.



NUEVO COCHE.

Don Alfonso.—Pues mira, le suscribiré por tres meses cuando yo tenga que renovar mi suscripcion, y le pagaré la primera vez la suya. Luego le dices que te dé á tí el dinero, cuando llegue el caso, y yo me encargo de escribir siempre á Madrid, para que él no deje de hacerlo por pereza.

Lucas.—Tiene usted razon. Pues muchas gracias. Diga usted ¿y ese coche, dónde lo han inventado?

Don Alfonso.—En los Estados Unidos de América.

Lucas.—¡Pero irá en hueco sobre el caballo!

Don Alfonso.—Por supuesto. Donde se apoya es en el horcate ó colleron de la caballería, para que no cabeceé. Así es que resulta muy cómodo. Y en cuanto á volcar, es imposible, como no vuelque tambien el caballo. Las vueltas las dá en mucho menor terreno que los demás carruages y el co-

chero es más dueño de la boca del animal, yendo como ginete en él, segun vá. Este vehiculo no ofrece otros inconvenientes que el de tener que tomarle por la trasera de la caballería, y el de que, en caso de caer ésta, pueda salir por las orejas el cochero.

Lucas.—Entonces mi gozo en un pozo.

Don Alfonso.—Nó, por que basta con cerrar el pescante por delante, á modo de un púlpito, para que el cochero vaya seguro, y poner atrás un travesaño fuerte, entre las escalerillas de subida, para librar de todo peligro de una cox á los que hayan de montar en esta especie de tilburi.

Lucas.—¡Tambien usted tiene idea.

Don Alfonso.—Tú tambien la irás teniendo, segun que vayas oyendo leer y vayas pensando. Y has de aprender á leer.

Lucas.—¡Quial! Eso ya no es para mí.

Don Alfonso.—Luego te alegrarás. Yo diré á Don Andrés que venga á darte una leccioncita por las noches. Ya verás como aprendes.

LA INMORTALIDAD.

Aspiracion perpétua es del hombre la de vivir más allá de la muerte. El horror que ésta inspira es instintivo, é instintiva la esperanza de la inmortalidad. Esta esperanza se cumple en todo lugar y en todo tiempo. Es, pues, una ley de la Naturaleza. Tiene de tal la universalidad y la constancia. No llega á nosotros por el camino por donde llegan los errores. No es fruto de nuestro entendimiento. No representa la flaqueza humana, sino el poder Supremo.
¡Esperemos!

¡MUERA!

El preso por delitos políticos ó comunes, el Alcalde ó el Ministro, el apóstol de una doctrina opuesta á la corriente, cualquiera puede excitar contra sí la pasion de las gentes y oirlas gritar: «¡Muera!»

A este grito cruel seguiria siempre la muerte del infeliz contra quien se dirige, si éste fuese entregado á la muchedumbre que le lanza. ¡Pobres! La ignorancia suele creer que la fortuna ó desgracia de todas las personas depende de una sola. Si lo primero, la adora; si lo segundo, quiere matarla.

Pues bien, no es cierto que las puertas de la felicidad pública las abra ó las cierre un solo hombre, por poderoso que le hagamos. Y será tanto menos cierto, cuanto más se le parezcan en educación los que son semejantes á él por naturaleza. La vida ó la muerte de tantos hombres, malos y buenos, como ha contado en su seno la humanidad, no ha sido ni puede ser la clave de la Historia; cuyas leyes avasallan á los individuos y se cumplen sin contar el número de ellos, ni doblarse ante su calidad. Esta es la razón de que los individuos mueran como nacieron: sin decidir la suerte de la humanidad. Ella les precede y les sobrevive, necesitada de los humildes y superior á los soberbios.

Se engañan mucho, por consiguiente, los que esperan el bien general de la vida de tal ó cual hombre, en particular. Pero se engañan más aún los que le esperan de su muerte, y gritan insensatamente: «¡Muera!» Cuando lo han conseguido, han podido ver lo inútil de su bárbaro crimen. A pesar de él, no han huido de la tierra las desdichas. ¡Ni cómo habian de huir y desaparecer, cuando el crimen es la mayor de todas!

Lo que sí debe morir es el error de fiar el remedio de los males humanos á otra cosa que á la sabiduría y la virtud.

LA ATMÓSFERA.

Así como los peces están metidos en el agua, estamos nosotros metidos en el aire. Y así como á la inmensidad de las aguas reunidas se da el nombre de mar, á la inmensidad del aire que nos rodea se dá el nombre de atmósfera.

La atmósfera no solo se compone del aire, sino que tiene tambien otros gases,—tales como el ácido carbónico,—y vapor de agua, que á menudo se condensa y hace visible, formando las nubes y originando la lluvia, la nieve, el granizo, la escarcha y el rocío. Además, hay normalmente en la atmósfera multitud asombrosa de corpúsculos ó corpúsculos, solo visibles cuando un rayo de sol entra en un recinto oscuro; los cuales corpúsculos son otros tantos elementos orgánicos celulares, capaces de dar origen á las más variadas organizaciones vegetales y animales, á expensas de los cuerpos orgánicos no vivientes, cuya descomposición provocan con ayuda de

la humedad y el oxígeno del aire, que son dos de los agentes más activos que se conocen. A esto se llama fermentación y putrefacción. Por lo cual, la manera más eficaz de evitar uno y otro movimiento de descomposición en las sustancias vegetales ó animales, no vivientes, es privarlas del contacto del aire; que es lo que se hace con las latas, herméticamente cerradas, de pimientos, sardinas y demás cuerpos orgánicos que la industria quiere conservar.

El aire es un cuerpo gaseoso, compuesto de otros dos, llamados el uno *oxígeno*, alimento de la respiración, y el otro *ázo*, base principal de los compuestos fundamentales del reino animal. En cada 100 partes de aire entran 21 de oxígeno y 79 de ázo.

El ácido carbónico, compuesto de los gases oxígeno y carbono, disminuye en la atmósfera segun que aumenta el número de plantas de la localidad; las cuales viven principalmente de absorber el carbono de este gas ácido, dejando en libertad su oxígeno. Y por una ley de equilibrio, tan admirable como todas las de la Naturaleza, el oxígeno que les sobra á las plantas sirve precisamente á los animales para recojer en el acto de la respiración el carbono que, de otro modo, ahogaría la organización animal, formándose así y desprendiéndose de nuevo el gas ácido carbónico, que las plantas utilizan de la manera dicha anteriormente. Este gas es irrespirable, y por serlo es por lo que resulta mal sano el aire de los sitios en que se aglomera mucha gente; sobre todo si es difícil la ventilación, como sucede en muchas habitaciones. Las grandes ciudades cuentan con esta causa de insalubridad, entre las varias que reunen; debiendo añadir, que el fuego hace lo propio que la respiración animal, pues roba al aire su oxígeno para combinarle con el carbono y formar ácido carbónico, que contribuye á viciar la atmósfera de las poblaciones.

El desprendimiento de oxígeno, propio de la respiración de las plantas, es una de las ventajas que sacamos de ellas, y es parte principal del agradable influjo que en nuestro ser causan los bosques y jardines; con tal de que sea de día y en el buen tiempo, pues la reacción química de que tratamos se verifica en las hojas de los vegetales y bajo la acción de la luz solar. De noche y cuando la hoja está caída, no hay tal reacción, no hay desprendimiento de oxígeno. Las plantas duermen y no respiran entonces.

La atmósfera influye en nosotros segun la pureza de su composición, segun su mayor ó menor densidad, segun su peso, la cantidad de vapor de agua que contiene ó el grado de tensión eléctrica de sus componentes; de tal modo, que es ella el manantial más importante de nuestra existencia. La estamos, pues, subordinados.

Nosotros, como todos los seres, somos resultado de cuanto nos rodea, y así en lo material como en lo relativo á las condiciones intelectuales y morales, siempre será ciertísimo aquel antiguo adagio de *dime con quién vives, te diré quién eres*.

EL DOLOR EN LA NUCA.

Dice un gran escritor español, que muchas de las personas que visitan la capilla Sixtina del Vaticano, en Roma, cuyos techos están pintados por el gran Miguel Angel, no sacan de la contemplación de aquellos profetas, de aquellas sibilas, de aquellas figuras, en todos sentidos gigantescas, si no un fuerte dolor de nuca. Efectivamente, quienes perciban lo bello de aquella bóveda inmortal y gocen absortos en contemplarla, tendrán puesta en ella toda su atención y no se acordarán de que hayucas en el mundo, ni de que ellos tienen tambien la suya. Si acaso llegan á recordarlo, será despues de salir de allí.

El padecer es inevitable siempre que se atiende y no se entiende. El cansancio y la incomodidad son entonces seguros; y siéndolo, tambien lo es que se dejará de prestar atención á lo que hace sufrir, en lugar de hacer gozar: sea pintura, sea libro, periódico, conversación ó lo que se quiera.

Escarmentando en esos visitantes, las personas que se dedican á la enseñanza harán perfectamente en no presentar á sus discípulos sino lo que estos puedan comprender; cosa que siempre favorecerá el maestro con auxilio de la sencillez y de la claridad. De otro modo, á los pobres discípulos les *dolerá la nuca*, ó lo que Dios quiera, y entonces se ha concluido la lección.

CUENTO.

Un rey muy curioso de cuanto ocurría en la corte y sus inmediaciones, llegó á saber que un mozo de labranza, ya de edad proveya, se habia hecho célebre por su tranquilidad y alegría, no contando con más haber que seis reales diarios de jornal.

Quiso el monarca conocer á aquel hombre-fenómeno, y una tarde le sorprendió con su inesperada visita.

Sin inmutarse el humilde labriego, saludó al rey y esperó: mas aquel entabló en seguida con el labriego el siguiente diálogo.

—«Deseaba conocerte.

—Pues aquí estoy, señor.

—Díceme que estás siempre alegre.

—Siempre.

—Que solo tienes seis reales de jornal.

—Es verdad.

—¿Y tienes familia?

—Bastante.

—¿Y cómo te alcanza tan escaso haber?

—¿Escaso? Pues tengo mujer, dos hijos, una hija y mis padres muy ancianos.

—¿Y te alcanza el jornal?

—Con él, tal como es, mantengo mis obligaciones, pago deudas atrasadas, pongo dinero á rédito y aun tiro dinero por la ventana.

—¿Estás en tu juicio?

—Sí señor.

—Pues si no me esplicas ese enigma, no lo creeré, porque es imposible.

—Es muy sencillo. Mantengo mis obligaciones, porque vivimos todos con seis reales; pago deudas atrasadas, porque mantengo á mis padres; pongo dinero á réditos, porque sostengo á mis hijos, que me sostendrán á mí cuando sea muy viejo, como yo sostengo á mis padres, y, en fin, tiro dinero por la ventana, porque mantengo una hija que el mejor día se casará, y si te he visto no me acuerdo.»

Asombrado quedó el rey de la sutileza de aquel hombre, en apariencia rústico: llevóle consigo, le pensionó, y cuenta la crónica que más de una vez le pidió y siguió sus consejos.

(El Anunciador de Pontevedra.)

DE LOS LIBROS.

El libro se llamó en hebreo *sephar* y en griego *biblos*; pero la palabra libro, en castellano, se deriva de *liber*, que era el nombre que á la segunda corteza de los árboles daban los latinos; corteza de la cual componian las hojas para los libros.

Los griegos fueron los primeros que tuvieron hombres destinados á copiar los libros, á los cuales daban el nombre de *bibliographos*. Los romanos los daban el de *librarii*.

Los vendedores de libros, llamados *bibliopulos*, tenían tiendas públicas y una multitud de copistas, ó *librarii*, *kaligraphos*, destinados á pintar los rótulos, ó *frons*, y *glutinadores* ó personas encargadas de pegarlos.

Ponian á la puerta de la tienda un cartel, donde estaban escritas las obras que tenían para vender.

Con motivo de la tardanza que ocasionaba las copias de los libros, existian muy pocos de cada materia, y de ahí que la adquisicion de una obra cualquiera fuese muy costosa; de manera, que solo las personas ricas ó bien acomodadas eran las que podian tener alguna pequeña librería.

Pero una vez descubierta la imprenta ¡invencion grande y maravillosa! los libros empezaron á propagarse por todas las clases sociales; y hoy dia raro es quien no tenga su pequeña ó grande librería, compuesta de buenos ó malos libros.

G. Jimenez.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

La *Estudiantina española*, que salió de Barcelona para Marsella, ha llegado á Roma, despues de pasar por Niza. En todas partes ha sido muy bien acogida. En la capital de Italia ha tocado delante de la familia real, y habrá dado un concierto de beneficencia. Los estudiantes franceses é italianos han dado banquetes en honor de los nuestros y les han agasajado mucho. La *Estudiantina* se propone regresar á España, haciendo su viaje á Suiza y Alemania despues de los exámenes de Junio.

—Con motivo de las próximas elecciones, se ha levantado el estado de guerra en las provincias Vascongadas y Navarra. Mucho lo celebramos.

—En Paris se han empezado á distribuir á domicilio las cartas del correo interior por niños, regimentados al efecto. La distribucion se hace por tubos neumáticos desde los buzones á la estacion correspondiente donde va destinada la carta, y los muchachos carteros la llevan á domicilio. Todo ello con tal premura, que la carta es entregada á quien se dirige, dentro de la primera hora en que ha sido puesta en el buzón. A este servicio postal se le da el nombre de telegráfico, y se hace por 60 céntimos de peseta, en cuyo precio entra el del pliego de papel especial al efecto. Tambien es notable la institucion de las tarjetas de giro, que se reduce á lo siguiente: La persona que quiere enviar hasta la suma que se permite, entra en un estanco-administracion, deja el dinero y las señas de la persona á quien ha de ser entregado, le dan un recibo, y el cartero lleva aquel lo mismo que una carta ó certificado cualquiera. Todo esto demuestra muchas cosas, inclusa la de que la administracion francesa tiene gran deseo de servir los intereses del país que representa.

—Con el título de *Ingerito, poda y formacion de los árboles y las vides*, se ha publicado un libro con 170 grabados, escrito por el redactor de la *Gaceta agricola*, don Diego Navarro.

—Temen con razon algunos periódicos, y entre ellos el *Boletin de la liga de contribuyentes de Oviedo*, que la alarma suscitada con motivo de la falsificacion de los vinos españoles con la materia colorante llamada *fuschina*, ó *fusquina*,—alarma sostenida muy principalmente desde Portugal y Francia,—se deba á los celos que los cosecheros de vinos extranjeros pueden sentir al ver los considerables progresos que en los mercados del mundo están haciendo nuestros vinos. El *Boletin* mencionado añade, que los reactivos empleados para descubrir esta falsificacion han dado en Oviedo resultados fatales, pues han demostrado tener alguna fusquina los vinos de Valdepeñas, ensayados por un amigo de aquellos reductores, bastante cantidad de ella los vinos del país, y muy principalmente los fabricados para *uso exclusivo de su casa* por un cosechero de Orense y otro de Cangas; lo cual es inadmisibile. El *Boletin* no dice cual haya sido el procedimiento empleado por su amigo al hacer estos ensayos. Sin desatender este importantísimo asunto, creemos, con nuestro colega de Oviedo, que es bueno estar en guardia contra las exajeraciones y las malquerencias.

—La Sociedad de Amigos del país de Sevilla ha tomado en consideracion un proyecto de enseñanza de la mujer, por el que se establecerán clases gratuitas de dibujo aplicado á las labores, así como música, declamacion, escritura y otras materias.

—Dice *El Imparcial* que se van á construir en Cádiz dos fuertes blindados, cuyo coste no bajará de doce millones de reales. Suponemos que este considerable gasto no se hará sin razones muy superiores á las que en contra de semejante proyecto expu-

so, no hace mucho tiempo, en *El Globo* un escritor que mostraba ser competentísimo en estos asuntos.

—El tranvía de vapor que vá á ser construido entre Pamplona y Logroño, pasará por Puente la Reina, Lúcar, Villatuerta, Estella, puente de Muniaín y Allo.

—Parece acordada la disminucion del ejército de la isla de Cuba. Es muy de celebrar que pueda hacerse.

—El *Amigo de Cartagena* publica un artículo, titulado *Apicultura*, cuyo objeto es patentizar, con el ejemplo de los Estados Unidos de América, la superioridad de la abeja italiana sobre las otras; pues trabaja más, resiste mejor al frio, es más fecunda, tiene la trompa más larga y recoge así el polen de las flores más profundas; á lo cual se une el picar menos.

—La *Opinion*, de Gijón, dice que en la fábrica de hierros de Bolueta, en Bilbao, se vá á establecer el trabajo de pudelado por los gases carburados, conforme al invento del ingeniero Mr. Langlade, añadiendo que el Director de dicha fábrica escribe al Presidente de la Asociacion hullera de Asturias que, en opinion del Sr. Langlade, ningun carbon mineral le ha dado los resultados que los carbones asturianos de las minas de Mosquera. Esto debe servir de satisfaccion á cuantos se interesan por el porvenir de la industria española y aun de la marina militar de nuestro país, puesto que sin carbon de piedra no tienen verdadera independencia ni uno ni otro de estos elementos del poder nacional.

—Las minas de carbon de piedra de Orbó (Palencia), próximas á las de Barruelos (en la misma provincia) son objeto, en el último número de *La Ilustracion Española*, de un buen grabado, acompañado de su correspondiente artículo, suscrito por el director facultativo de ellas Sr. Zuaznavar. En este importantísimo centro minero se hace la explotacion conforme á los últimos adelantos, sin excluir las lámparas eléctricas y las mochilas de aire, para evitar explosiones de los gases y la asfixia de los trabajadores, que pasan de 500 en las varias dependencias, entre las que se cuenta la fabricacion de *aglomerados*. La sociedad explotadora de estas minas lleva el nombre de *Estrella de Reinosa*.

—Adelanta la construccion de los ferrocarriles carboneros aragoneses; estando ya próxima á terminarse la línea de Val de Zafan. Estos ferro-carriles se combinarán con la conduccion de los carbones por la parte inferior del rio Ebro.

—La *Ilustracion Venatoria* ha publicado su número 9.º del año segundo, tan bello é interesante como todos los anteriores. Esta es una de las publicaciones que más señalan los adelantos pasmosos de nuestro país.

—En el *Almanaque de la Gaceta Vinicola* para 1879, libro lleno de interesantes artículos, se lee uno contra la taberna, firmado por D. F. Martinez Pedrosa, que nos ha llamado la atencion por lo sustancioso de su fondo y lo jugueton y agradable de su forma. El autor condensa, por decirlo así, sus opiniones sobre la significacion de esa clase de establecimientos,—que desea ver sustituidos por los buenos almacenes de vinos y por los cafés,—en la siguiente antigua copla:

«Málaga, ciudad bravía
entre antiguas y modernas,
tiene más de mil tabernas
y ninguna librería.»

—Los Sres. Gastaldo é hijo han establecido en Madrid su clínica de enfermedades de los ojos en la calle del Pez, núm. 5, piso principal, segun el prospecto que se han servido dirigirnos.

—D. Rafael Ramos, abogado de Elche, ha comenzado la publicacion de unos cuadros sinópticos titulados *El derecho administrativo al alcance de todos*, cada uno de los cuales contendrá al golpe de vista cuan-

to importa saber del asunto de que se trata. El *Derecho electoral* contiene nueve cuadros, y cuesta dos pesetas en toda España. El *Derecho municipal* contendrá 18 cuadros, y costará 3 pesetas. El *Derecho romano*, ya publicado, con un prólogo de D. Alvaro Gil Sanz, tiene 25 cuadros y cuesta 6 pesetas. La suscripción se hace anticipando la mitad del valor de cada serie ó cuaderno, y completando el pago al recibir esta mitad. La correspondencia y pagos, al autor. También se suscribe en las principales librerías de España.

—La creación de Escuelas de artes y oficios preocupa en la actualidad á muchas poblaciones y periódicos de España. El *Boletín de la Liga de Contribuyentes de Gijón* examina también este importante asunto, próximo á resolverse allí favorablemente, y cree que no solo debe enseñarse en esas Escuelas la teoría más indispensable de la Mecánica, Máquinas de vapor, Química aplicada á las artes y Estereotomía ó corte de piedras, sino que se debe atender principalmente á la práctica de esta clase de conocimientos. El Estado, la provincia y el municipio deben reunirse, en concepto de nuestro acertado colega de Gijón, para realizar el beneficio incalculable de que estas Escuelas son capaces.

—El Almirantazgo inglés ha informado muy favorablemente acerca de los botes plegadizos salva-vidas, ideados por nuestro compatriota el coronel Sr. Perez de la Sala. Toda la prensa inglesa los elogia, y nosotros no habremos de ser menos, tratándose de un beneficio para la humanidad y de un honor para España.

—Tomándolo de otro periódico, dijimos en el número 55 del nuestro, que hay en Elche una Sociedad de cuartetos, dirigida por el artista Sr. Anton. *La Idea* de aquella villa, ha rectificado, diciendo que el director de la mencionada Sociedad es D. Camilo Blasco.

—D. Luciano Molist, director de la sec-

AVENTURAS DE UN MÉDICO.

(Continuación.)

III.

EL PRONÓSTICO.

¡Leer de corrido en el nublado libro del porvenir! ¡Profetizar!! Hé aquí uno de los granos de anís más eficaces para remediar el flato de las vanidades humanas, y que el médico recibe, á cada instante, por mano de su profesión benéfica. ¿Pero sabéis lo que cuesta este granito saludable? Pues oid.

«Me alegro de encontrarme á usted,» le espetó á su desgraciado médico un cliente formalista, un hombre metódico, que tropieza con él al revolver de una esquina. El profesor no puede corresponder en alta voz á aquellos alegres sentimientos, falto de valor para tanto, pero sí procura sonreírse con la posible amabilidad; saliéndole una risa de conejo, que no hay más que pedir. «Hombre, por una porfía, continúa el metódico, ¿usted cree que mi mujer puede comer judías secas con aceite y vinagre?»

—Yo creo que sí podrá comerlas, dice con cierta sorna el interpelado.—Bien, repone el otro ¿pero usted cree que las debe comer? ¿Usted, que conoce su naturaleza, cree que no la harán daño? Porque, francamente, se las tengo prohibidas, y la he dicho: «no, hasta que yo no consulte con D. José, no vuelves á comerlas», porque, amigo mío, la otra noche tuvo un colicazo, que yo no

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

El facultativo, generalmente educado en otras escuelas, dice, de una manera tan seca como las judías mismas, que las coma ó las deje de comer aquella buena señora, cuyos cólicos tanto importa prevenir para la debida inteligencia matrimonial. Supongamos el caso de que el voto del profesor es contrario á esta legumbre feculenta, flatulenta y demás; la señora sigue comiendo diariamente dos platos de ellas, á hurtadillas del esposo, y la sientan á las mil maravillas. El cólico no dice esta boca es mía, y el marido abre, por fin, la suya un día, para elogiar la discreción del consejo de D. José, la suya propia, al pedirle, y la de su esposa fiel, al obedecerle. Esta, acostumbrada ya á reventar, lo hace por esta vez en dirección contraria á la pasada, descubriendo al engañado esposo la verdad; con lo cual el pobre D. José cae de su pedestal en aquella casa, y son pisoteados sus fragmentos por la señora de las judías, que exclama, para final de fiesta: «Si yo nunca he tenido fé en D. José. Si es un hablador, con aquellos anteojos y aquellos aspavientos. ¡Estabas tu muy casado con él! Así aprenderás á ser

atribuyo á otra cosa. ¡Buena noche pasamos! Y ya que tengo la suerte de encontrarme á usted, dispense que le pregunte lo que le parece.»

Tal es el habitual planteamiento de esta clase de adivinanzas; fatales, por lo común, para cuantos no han estudiado en Delfos ó Cumas el pomposo arte de resolverlas.

(Se continuará.)